

EMILIO DE JUSTO: TORERO.

Por: Daniel Sebastián Ríos Marín.

(Astauros)

En los días fríos, Manizales se cubre de niebla y no es posible ver más allá de dos metros de distancia. Recorrer la ciudad se convierte en un juego de adivinación. Los edificios desaparecen y las calles sinuosas se vuelven faro de los caminantes. En los días fríos de toros, la niebla también cubre los tendidos y el ruedo. A veces, ni la luz de los reflectores logra imponerse y toro y torero quedan sometidos a una especie de encantamiento que solo rompe el vaho de sus cuerpos. En esos días fríos también es común que llueva. Y ni el frío ni la lluvia hacen desistir a los aficionados de su propósito de ver lidiar toros.

En Manizales, la fórmula sacramental del rito indica que las corridas de toros inician a las 3:30 p.m., con excepción de esta feria pandémica en la que la revisión de carnés de vacunación, cédulas, códigos qr y lluvia retrasan el ingreso de los aficionados a la plaza de toros. El aguacero que cayó desde las tres de la tarde del 6 de enero podría hacer desistir a cualquier persona de la intención de salir de su casa, pero no a los aficionados a los toros. Con serenidad aparecieron por la Avenida Centenario en procesiones venidas desde el centro de la ciudad y ascendieron también por las empinadas escaleras que desde el barrio El Bosque llevan a la puerta grande de la plaza. A las 3:30, la presidencia anunció que el comienzo de la corrida se retrasaría 15 minutos, para ver si cesaba la lluvia y podía acondicionarse el ruedo para la salida de toros y toreros.

Esos quince minutos en realidad fueron treinta. Pero en la espera no hubo angustia. La fe dejaba saber que se abriría la puerta de toriles y que habría festejo en Manizales. Paró la lluvia. Limpiaron el ruedo. Se hizo el paseíllo y hubo toros. Nadie dudó de que eso ocurriría. Cristóbal Pardo lidió a un bello y juvenil toro castaño de Las Ventas del Espíritu Santo (ganadería de toda la corrida). Buen toreo con el capote y buen tercio de banderillas ejecutado por el propio torero. El toro duró poco en la muleta y la lidia no trascendió. En el cuarto de la tarde, Pardo lo hizo todo con gusto y sutileza. De nuevo, buenas verónicas y con la muleta, toreo bueno y lento por las dos manos; pinchó sin soltar, mató con defecto, pero con verdad. Le pidieron la oreja y se la negaron. Injusto: por menos han dado más. Ginés Marín se amarró los machos. Hizo del valor su mayor arma. Los pitones tocaron una y otra vez los alamares. A punta de ganas, impecable colocación y técnica, arrancó una oreja a cada uno de sus toros.

Pero más allá de todo lo que se ha dicho, el toreo lo hizo Emilio de Justo. Verónicas tersas, profundas y mandonas. Una media de cartel y Chicuelinas toreras. Con la muleta, lidia perfecta: engaño al frente dando el pecho, pierna puesta como carnada. Toreo vertical y hondo, de adelante hacia atrás y de arriba hacia abajo. Cintura y muñecas rotas, toreo al natural por ambos pitones. Temple y mando. Toreo y más toreo a un toro bravo y bueno. Indulto y dos orejas. Con el quinto toro que fue manso, De Justo dejó claro que cualquier toro le sirve. Lo metió en la muleta, pero el toro fue tan cobarde que prefirió huir sin pena. Queda mucha feria, pero la actuación de De Justo es de premio grande. ¡TORERO!